

Choiva

«Vaiche a recoller as sábanas da aira, que os anxos están a empezar a meixar»; así me decía mi padre siendo yo niña, cuando se abrían las nubes y empezaba a llover sobre la aldea de San Julián, *ángeles meando*, una bonita metáfora para aquellos años de hambre. Yo miraba a ver si veía a alguno para reprocharle un acto tan réprobo, pero a pesar de que el pueblo se encontraba a considerable desnivel, sobre la falda de la montaña, las nubes tenían demasiada altura como para vislumbrar siquiera a alguno. Las sábanas –como los trajes, las tierras o los aperos agrícolas- se heredaban de padres a hijos, y era una pena que por una travesura celestial hubiera que volver de nuevo al lavadero comunal para lavar con lejía y aclarar, siempre la misma secuencia, lavar, aclarar, secar y planchar.

La lluvia transformaba por completo la aldea, el olor a pizarra mojada lo camuflaba casi todo, hasta el fétido y pegadizo *cheiro* que emanaba de las cochineras y de los alpendres, un olor al que te terminas acostumbrando cuando estás rodeada de bestias de las que dependes para la subsistencia de tu familia: mulas para arar; cochinos para comer; *galiñas* para poner; perros para vigilar el ganado; gatos para mantener la casa limpia de roedores... Resultaba mágico pasear por la aldea los días de lluvia y observar las gotas de rocío sobre las telarañas, los caracoles y *aligachas* cruzándose en los caminos, desorientados, como náufragos procedentes de embarcaciones fantasmales; también las moscas desaparecían durante los días lluviosos, lo que nos permitía respirar sin estos molestos insectos. La fina lluvia encharcaba las *silvas*, los tojos, los alcornoques, las *aciñeiras*, los castaños, toda la vegetación de montaña, y el agua del cielo se distribuía rauda por los canales de riego hasta las huertas, evitando así las disputas por los rígidos turnos de regadío, que siempre provocaban riñas y palabras gruesas hasta entre miembros de las mismas familias.

En la *caldeira* improvisábamos barcos con palos vaciados de castaño, con los que competíamos por llegar hasta el agua remansada; pero nos mojábamos el cabello, lo que significaba una buena bronca en casa, pues igual que las

sábanas, los cabellos tampoco se secaban de forma sencilla, y las fiebres eran difíciles de curar en aquellos tiempos de penurias. Cuando la lluvia era torrencial, los hombres sacaban la *santabárbara* de la capilla para pedir el favor divino y proteger las cosechas, se decía que esta imagen era milagrosa, aunque su aspecto de santa compacta con las manos enlazadas y la mirada perdida en las alturas, me evocaba más temor que alivio.

Hasta que llegaron los años sesenta y setenta, cuando los vecinos –y yo misma- empezamos a abandonar la aldea montaraz: no era ya fácil vivir sin las *comodidades* que se encontraban en la capital o en el extranjero, empezaron a proliferar las placas de matrícula negras, pero solo durante los veranos. Las viviendas tradicionales de *lousa* se empezaron a hundir, y la lluvia en lugar de alegría parecía significar un riesgo de ruina inminente: el repiqueteo de las gotas de agua sobre la cubierta de pizarra se iba convirtiendo en un sonido mudo, el agua comenzaba a invadirlo todo a su paso, y junto a la desidia de sus habitantes, se empezó a llevar la memoria de la aldea de San Julián, apenas dos o tres familias viviendo hoy de la ganadería y de los frutos de la tierra, y los recuerdos perdidos para siempre en apenas dos generaciones.

Cada vez que el cielo se encapota entre las azoteas de las desgarradas torres de Gamonal, escudriño las nubes en busca de esos ángeles meones.

Seudónimo: Rosalía de Castro

Vocabulario:

Choiva: lluvia

Cheiro: olor

Galiñas: gallinas

Aligachas: babosas

Silvas: zarzales

Aciñeiras: encinas

Caldeira: canal de riego

Lousa: pizarra